

LA ENCARNACIÓN [101-109]

Contemplación – 2024

Hemos comenzado la segunda semana de los Ejercicios Espirituales, y después de esa hermosísima meditación del llamamiento del rey temporal que nos ayuda a contemplar la vida a la que nos invita el Rey Eterno Jesucristo San Ignacio comienza, en este punto de los Ejercicios, a hacernos contemplar los misterios de la vida de Jesús, para que a través de la contemplación de su vida, de los misterios de su vida, comencemos a intentar construir en nosotros un hombre nuevo. Un hombre que hace obras nuevas, según Dios. Un hombre que tiene otros afectos más puros, según Dios. Otras metas, otros objetivos, otros deseos, y aquí el modelo es Jesucristo. También nosotros debemos escuchar la voz del Padre que nos dice: «*Este es mi Hijo amado, escuchadle*». (Mt 17,5)

Por eso la primera contemplación que nos propone San Ignacio en esta segunda semana es la de la Encarnación del Hijo de Dios, es decir del inicio de la vida del Verbo de Dios según su naturaleza humana.

San Juan de la Cruz, al final del primer libro de la Subida al Monte Carmelo, da una serie de consejos para hacer grandes progresos en la unión con Dios, -«hacer grandes progresos en poco tiempo»- dice, y uno de los consejos es justamente este: «tener un ordinario apetito o deseo de imitar a Cristo en todas las cosas conformándose con su vida, la cual debe considerar para saber imitarla y haberse en todas las cosas como se hubiera Él»¹. El deseo ordinario de imitar a Cristo en todas las cosas, esto es lo que tratamos en esta segunda semana: crear en nosotros esta disposición interior.

San Ignacio nos presenta ahora una **contemplación**, que es una forma diferente de rezar, una oración no discursiva, más sencilla. Quiere que nos pongamos en la condición de los contemporáneos de Jesús porque los misterios de su vida nos sirven de ejemplo, y son eficaces también para nosotros. Por eso nos hace entrar en escena, ver a los personajes, escuchar lo que dicen, ver lo que hacen, y a partir de ahí intentar reflexionar sobre nosotros mismos.

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo* 1, 13.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia [262]

El primer preámbulo es la historia, que involucra a toda la Santísima Trinidad y también a la Virgen, al ángel Gabriel y a todos los hombres del mundo:

«El primer preámbulo es traer la historia de la cosa que tengo de contemplar; que es aquí cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres, y cómo viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano, y así venida la plenitud de los tiempos, enviando al ángel san Gabriel a nuestra Señora.»

Es importante lo que dice San Ignacio de ver a toda la gente que va al infierno: más adelante volverá a decir «y todas las gentes en tanta ceguedad y cómo mueren y descienden al infierno», esa es la situación del mundo antes de la Encarnación.

Para la historia podemos utilizar algunos textos bíblicos como el pasaje de la Anunciación (**Lc 1,26ss**), que relata con detalle el diálogo entre el Ángel y la Virgen; el Prólogo del Evangelio de Juan (**Jn 1**), la preexistencia del Verbo, el Verbo como persona divina, su encarnación, su venida como luz del mundo, como vida de los hombres; se puede tomar también el himno de la Kénosis de **Flp 2**, el anonadamiento del Verbo tomando la forma de esclavo en la encarnación; o la carta a los **Hebreos** en el capítulo 10, la entrada del hijo de Dios en este mundo *he aquí que vengo a hacer tu voluntad*, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio; también en la carta a los **Gálatas 4,4ss** San Pablo habla de la plenitud de los tiempos, cuando Dios envió a su hijo *nacido de mujer, nacido bajo la ley*.

Leeremos el relato de la Anunciación:

«Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven virgen que estaba comprometida en matrimonio con un hombre llamado José, de la familia de David. La virgen se llamaba María. Llegó el ángel hasta ella y le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” María quedó muy conmovida al oír estas palabras, y se preguntaba qué significaría tal saludo. Pero el ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios. Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús. Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David; gobernará por siempre al pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás.” María entonces dijo al ángel: “¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?” Contestó el ángel: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel está esperando un hijo en su vejez, y aunque no podía tener familia, se encuentra ya en el sexto mes del embarazo. Para Dios, nada es imposible.” Dijo María: “Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí tal como has dicho. Después la dejó el ángel». (**Lc 1,26ss**)

2º preámbulo: Composición de lugar:

El segundo preámbulo es la composición de lugar. Consistirá aquí en ver dos cosas: «aquí será ver la grande capacidad y redondez del mundo, en la cual están tantas y tan diversas gentes; asimismo, después, particularmente la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea». Podemos intentar imaginar la casa de Nazaret con sus dos habitaciones, una excavada en la roca, la cueva; y fuera, sobresaliendo de esta cueva, una casita, una pequeña habitación. Nazaret era una ciudad muy pobre, quizás había un centenar de habitantes, como se deduce de las excavaciones arqueológicas. Así, en esta pequeñísima aldea el ángel fue enviado a María Santísima y se convirtió en el centro de la historia, mientras en el resto del mundo los hombres vivían de manera tan diferente, sin pensar en las cosas de Dios.

3º preámbulo: Petición:

[104] Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

El conocimiento de Cristo para más amarlo y seguirlo es una gracia que hay que pedir. Dice Nuestro Señor en **Mt 11,27**: «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiere revelarlo»; y a los apóstoles les dijo en **Mt 13,11** «a vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los Cielos». Cuando San Pedro, atravesando el velo de la santísima humanidad de nuestro Señor, confiesa que es «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» en **Mt 16,16**, Jesús le dice: «bendito eres porque mi Padre que está en los cielos te ha revelado esto». Por tanto, este conocimiento es una gracia.

Es una gracia que también está muy relacionada con nuestra perfección espiritual. San Pablo en su carta a los **Efesios 4,13** habla de un crecimiento, para que todos lleguemos «a la unidad de la fe, al pleno conocimiento del Hijo de Dios». Y en la carta a los **Filp 3,8** dice «todo lo considero ahora una pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, nuestro Señor».

El mismo Jesús le dijo a la samaritana «si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber» (**Jn 4,10**) si lo supieras... le habrías pedido. Porque de alguna manera este conocimiento anticipa la vida eterna, la contemplación de Dios que estará en la eternidad unida al amor y a la posesión amorosa más perfecta: «esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (**Jn 17,3**).

San Juan de la Cruz dice: «Veo que es muy poco conocido Cristo de los que se tienen por sus amigos (conocimiento), pues los vemos andar buscando en Él sus gustos y consolaciones, amándose mucho a sí; mas no sus amarguras y muertes, amándolo mucho a Él»². Así que hay que pedir este conocimiento del Señor para amarlo más y seguirlo.

A continuación, San Ignacio da tres puntos que tienen lugar en tres escenarios diferentes, a saber: el seno de la Santísima Trinidad, el mundo entero, y luego particularmente la casa de Nazaret.

² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, II, 7,12.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1. Primer punto: Ver las personas [106]

Primera escena: «El primer punto es ver las personas, unas y otras; y primero las de la faz de la tierra, en tanta diversidad, así en trajes como en actitudes, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etc.»: es ver la vida ordinaria de los hombres que no se preocupan de las cosas de Dios, las muchas ocupaciones de los hombres.

Segunda escena: «ver y considerar las tres Personas divinas, en su solio real o trono de su divina majestad, cómo miran toda la faz y redondez de la tierra, y todas las gentes en tanta ceguedad y cómo mueren y descienden al infierno». El contraste es que Dios en su infinita misericordia se ocupa de los hombres, observa esta gran diversidad, que viven como ciegos, y cuando mueren van al infierno.

Tercera escena: «ver a Nuestra Señora y al ángel que la saluda, y reflexionar para sacar provecho de lo que vemos».

2. Segundo punto: oír lo que hablan [107]

«Oír lo que hablan las personas sobre la faz de la tierra, es a saber, cómo hablan unos con otros, cómo juran y blasfeman, etc.; asimismo lo que dicen las personas divinas, es a saber: “Hagamos la redención del género humano”, etc.; y después lo que hablan el ángel y Nuestra Señora; y reflexionar después para sacar provecho de sus palabras».

Hay un gran contraste entre Dios y los hombres, los hombres juran y blasfeman y además, no tratan con Dios, viven olvidados de Dios, como si Dios no existiese. Las Personas divinas, en cambio, dicen: «Hagamos la redención del género humano»; el ángel y María Santísima dan su contribución, especialmente María Santísima, para que esto sea posible. Y luego sacar fruto de sus palabras.

Se puede leer una descripción de la situación de la humanidad antes de la Encarnación, del estado del mundo pagano en **Rom 1,20-25.28-32**, en donde hay una descripción de todos los vicios en los que estaba inmersa la humanidad, por lo que no es exagerado lo que dice San Ignacio de ver cómo muchos van al infierno:

«Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos; a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén. Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, los entregó Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene: llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad, chismosos, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales,

desamorados, despiadados, los cuales, aunque conocedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen».

San Pablo dice que son imperdonables, inexcusables, porque desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles pueden ser contempladas con el intelecto en las obras que ha hecho.

¡Cuánto se asemeja esta descripción a lo que vemos en el mundo en nuestros días! «El divorcio entre la fe y la vida es el drama más grande de nuestro tiempo» (**Concilio Vaticano II**). Lo decía muchas veces Benedicto XVI.

3. Tercer punto: mirar lo que hacen [108]

«Después mirar lo que hacen las personas sobre la faz de la tierra, como por ejemplo herir, matar, ir al infierno, etc.; asimismo lo que hacen las personas divinas, es a saber realizar la santísima encarnación, etc.; y asimismo lo que hacen el ángel y Nuestra Señora, a saber, el ángel hace su oficio de enviado y Nuestra Señora se humilla y da gracias a la divina majestad; y después reflexionar para sacar algún provecho de cada cosa de éstas».

Ver lo que hacen: Jesucristo viene como Luz en las tinieblas, y como vida: «*en Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres*» (**Jn 1,4**) ...; «*Yo soy la luz del mundo*» (**Jn 8,12**) ... «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*» (**Jn 14,6**) ...

Pero los hombres no recibieron: «*la luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la recibieron*» (**Jn 1,5**) ... «*vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron*» (**Jn 1,11**)...

Los motivos de la Encarnación del Verbo

Puede ayudarnos en esta contemplación pensar en las razones de la Encarnación del Hijo de Dios. Las razones son varias, daré cuatro principales tomadas de Santo Tomás de Aquino:

1. El Verbo se hizo hombre para salvarnos de nuestros pecados y reconciliarnos con Dios

Por el pecado original éramos culpables de la muerte, incapaces de dar un rescate por nosotros mismos, y por eso Dios se hizo hombre para reconciliarnos con Dios pagando el precio de nuestra deuda, mediante una obra maravillosa y perfectísima en la que Él, por ser Persona infinita, puede pagar un precio infinito. Y al mismo tiempo Él, como hombre, puede pagar en nombre o en solidaridad con todos nosotros, de modo que es el hombre quien paga la deuda del hombre. Así lo revela **1 Jn 4,10**: «*Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*». En **Rom 8,3-4** San Pablo dice: «*Pues lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu*».

1 Jn 4,14: «*El Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo*».

1 Jn 3,5: «*se manifestó para quitar los pecados*». De este modo Dios muestra en Jesucristo su infinita misericordia: **1 Tim 1,15:** «*Esta palabra es segura y digna de ser recibida por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y de éstos el primero soy yo*». Para eso vino y para eso ofreció su sacrificio.

Podemos decir así que el motivo de la Encarnación es la **infinita Misericordia de Dios:** «*Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él*» (**Jn 3,17**); «*la sangre de Jesús su Hijo, nos purifica de todos nuestros pecados*» (**1 Jn 1,7**).

San Juan Crisóstomo dice: «La Encarnación no tiene otra causa que ésta: Dios nos vio caídos, en la abyección, oprimidos por la tiranía de la muerte y tuvo misericordia». Y San Gregorio de Nisa: «Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un Salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador...».

También es un artículo de fe que profesamos en el Credo: «Propter nostram salutem descendit de coelis»: para nuestra salvación.

2. El Verbo se encarnó para que pudiéramos conocer el amor de Dios

Redimirnos de nuestros pecados no es el único motivo de la encarnación. De hecho esto podía hacerlo sin encarnarse; hubiese bastado un solo gesto, un solo deseo. ¿Por qué no se contentó con eso? ¿Por qué hacerse hombre, compartir nuestras miserias, nuestra pobreza, nuestro hambre y nuestra sed? ¿Por qué caminar por nuestras áridas tierras, burlado de unos, despreciado de otros, rechazado de muchos? ¿Por qué hacerse hombre como nosotros para conocer el dolor, el sufrimiento y la muerte?

Para hacer visible el amor de Dios, porque su perdón podría ser suficiente para salvarnos, pero esto no era suficiente para su amor. Por eso tomó carne y en Él Dios se hizo visible. **1 Jn 4, 9-10:** «*Así se manifestó el amor de Dios por nosotros: Dios envió a su Hijo único al mundo para que tengamos vida por Él. En esto consiste el amor: no fuimos nosotros quienes amamos a Dios, sino que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados*». Así ha manifestado su amor. «*Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único*» (**Jn 3,16**).

Es un motivo que se uno al primero: vino a salvarnos... a salvarme..., porque me amó y quiso manifestarme ese amor. Dice San Pablo «*Me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (**Gal 2,19-20**). Podía salvarnos de otras maneras, pero quiso anonadarse, porque «lo que era suficiente para la redención no era suficiente para su amor» (**San Juan Crisóstomo**). O como dice San Agustín: «Cristo ha venido visiblemente para esto: para que el hombre conozca cuánto Dios lo ama».

3. Dios se hizo hombre para ser nuestro modelo de santidad

Jesús es también el camino, en cuanto que es modelo, por eso nos dice en **Mt 11,29:** «*aprended de mí*». Y en **Jn 14,6:** «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida... nadie va al Padre sino por mí*». Y también se pone como ejemplo en **Jn 11,12:** «*amaos los unos a los otros como yo os he amado*». También dice en la última cena, después de haber lavado los pies a sus apóstoles, «*os he dado ejemplo, para que como yo he hecho hagáis también vosotros*» (**Jn 13,15**). Muchos Padres

ven en el abajarse de Jesús a los pies de los apóstoles para lavarlos una figura de la encarnación... para salvarnos. Y allí menciona que nos ha dado ejemplo.

San Pedro, hablando de la Pasión, enseñará esta causalidad ejemplar de Jesús: «*también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas*» (1 Pe 2,21). Y San Pablo: «*sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo*» (1 Cor 11,1).

Si meditamos el misterio de la Encarnación, sentiremos crecer en nuestro corazón el deseo de llegar a ser como Cristo, es decir, de imitarlo. Como dice San Agustín: «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios». Jesucristo se hizo hombre para proponerse como ideal para nosotros: todo cristiano debería pasar por la tierra a imitación del Dios encarnado. Muy hermosamente dice Santa Isabel de la Trinidad que debemos ser «como una nueva Encarnación del Verbo», «como otra humanidad suya», de modo que el Padre no vea en nosotros «más que al Hijo amado»³.

4. El Verbo se hizo carne para *hacernos partícipes de la naturaleza divina* (2 Pe 1,4)

San Ireneo dice: «Tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios».

San Atanasio: «El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios».

Santo Tomás de Aquino: «el Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres».

De este modo Dios elevó a nuestra naturaleza a algo infinitamente superior: Por eso San Pablo escribe a los Romanos: «*Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia*» (Rom 5,20). Y la Iglesia canta en la bendición del cirio pascual: «*O felix culpa...! ¡Oh culpa feliz, que mereció tener tal y tan grande Redentor!*»⁴. De este modo, con la Encarnación, Dios ennobleció infinitamente nuestra naturaleza humana y nos dio un motivo grande para respetar nuestra propia naturaleza. Santo Tomás vuelve a decir en el *Compendio de Teología*: «fue necesario al género humano que Dios se hiciera hombre para demostrar al género humano la dignidad de la naturaleza humana»⁵.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Terminar con un Coloquio. Dice San Ignacio:

[109] «Al fin se ha de hacer un coloquio, pensando lo que debo hablar a las tres Personas divinas o al Verbo eterno encarnado o a la Madre y Señora nuestra pidiendo según que en

³ *Elevación*, nn. 33, 34 y 36.

⁴ *S. Th.*, III, 1, 3 ad 3.

⁵ *Compendio de Teología* n. 381.

sí sintiere, para más seguir e imitar al Señor nuestro, así nuevamente encarnado, diciendo un Pater noster».

Es decir hacer el coloquio con mucha libertad, como un amigo habla con otro, como un hijo habla a su padre, como un enamorado a aquél que ama. A la divinas personas que han obrado la Encarnación, o al Hijo que se ha anonadado por mi amor, o a la Santísima Virgen María que ha aceptado ser la Madre de Jesús y mi madre, lo cual le costará grandes dolores. Pedirle según lo que sintiere, siempre pensando en este «mejor amarlo, imitarlo y seguirlo».

Y dice una frase misteriosa «*imitar al Señor nuestro así nuevamente encarnado*», como si esta contemplación tan vívida que tenemos que hacer de algún modo misterioso volviera a hacerse presente el misterio de la Encarnación para nosotros, es decir los efectos salvíficos que ese misterio tuvo para nosotros.

Terminar con un padrenuestro.

Ave María Purísima. Sin pecado concebida.